

3. Reencuentros

(Erick)

Por fortuna, aquel desastre en mi pañal estaba relativamente controlado... si había una forma de considerar a eso algo controlado. Me deshice con cuidado del pañal intentando no esparcir su contenido y aguantando la respiración mientras me limpiaba el trasero con un millón de toallitas húmedas que terminaron todas inundando el bote de basura. Aunque prácticamente no había ya rastro de nada, yo me seguía sintiendo sucio. Como pude encendí un par de inciensos en mi habitación, tomé una toalla, me envolví en ella y me puse el pantalón corto más viejo que pude encontrar al fondo de mis cajones. Valentín seguía a un lado de la puerta, con la misma cara confundida y nerviosa de hace rato, mientras yo intentaba no verlo a los ojos.

Así, semi desnudo como si fuese a ir a un balneario, le dije que podíamos irnos. El pareció barrerme con la mirada y asintió con la cabeza. No dijo nada de mis *Sharklas* verde limón y en lugar de eso, se limitó a caminar por las escaleras del edificio, lo cual me dejó confundido por un momento, cuando hasta hace un momento me había imaginado me llevaría a su casa.

—Ehmm, ¿A dónde vamos? —le cuestioné con duda real.

—Te había dicho que trabajo seguido en este edificio, ¿recuerdas? Tengo un lugar en el que estoy trabajando más últimamente.

Subimos un piso más y avanzamos por entre los pasillos de mis vecinos de arriba hasta el fondo del edificio, justo donde parecía haber unas puertas más amplias y el pasillo se alargaba sin puertas ni ventanas.

—Estamos acondicionando este espacio, para que sea un gimnasio. Solo que aún nos falta mucho para abrirlo —Valentin dijo aquello mientras sacaba de algún bolsillo de sus pantalones un llavero repleto de llaves.

Revolvió por un momento aquel montoncito de metales dentados que tintineaban entre sus dedos, hasta dar con la que en su semblante, parecía ser la indicada. Al abrir aquellas puertas, el aire pareció levantar el polvo y una fina capa de tierra se quedó flotando a nuestro alrededor haciéndome toser un poco. El interior era oscuro, hasta que tras presionar un interruptor, unas viejas lámparas de tubo fluorescente iluminaron el interior con su luz ligeramente azulada y un sonido de vibración apenas perceptible. El espacio era amplio. No sabría decir que tanto, pero quizá bien podría ser lo suficientemente grande para ser un pequeño estacionamiento.

—El lugar era un desastre, la verdad. Estaba lleno de cajas y muebles repletos de papeles viejos. Así me enteré que era un hospital. Tenían todo ese papeleo que seguro ahora cabría todo en una usb. Era como un tipo de archivo. Lo despejamos hace unos meses, ahora solo falta lleguen las máquinas y reparar el sistema de ventilación, quizá cambiar la iluminación y pintar un poco.

—Sí, bueno. Sería genial tener un gimnasio cerca de casa. ¿Lo dirigirás tú?

—Ese es el plan, sí. ¿Piensas apuntarte? —me preguntó con una voz seria, que de alguna forma me hizo temblar un poco.

—No lo sé, no soy muy fan del ejercicio. La verdad...

—Bueno, te lo puedes pensar si quieres, Erick. Aún falta tiempo. Por ahora, puedes estrenar las duchas. Están recién instaladas y el agua suficiente. Aunque quizá esté algo fría.

¿Cómo es que sabía mi nombre? Pensé hasta que recordé que hasta hace poco llevaba puesto mi uniforme del trabajo y seguro en algún momento se había fijado en mi gafete.

—Ya, es genial. Es más de lo que podría pedir. Me bañaré enseguida.

Avancé sin mirar hacia la dirección que me indicó; atravesé los baños, que a pesar de estar algo polvosos, parecían nuevos. Era evidente no había sido usado nunca. Avanzando un poco más, llegué a lo que sin duda era una pequeña zona de regaderas. Tanto el piso como las paredes estaban recubiertas de azulejos pequeños. Puede distinguir al menos 5 cubículos de regaderas separadas por paredes de plástico opaco, me fui hasta la del fondo, colgué mi toalla en un gancho y dejé mis cosas en el suelo. Me preocupé un poco de no haber traído mi shampoo y jabón, pero justo había unos a medio uso en el tercer cubículo. Supongo que no era el primero en estrenar las duchas del todo.

Al tomar aquellos productos y sentir el agua tibia bajar por mi torso desnudo, no pude evitar imaginar a Valentín en mi mente. Él había estado ahí y había frotado aquel jabón contra su cuerpo, me acerqué la botella de shampoo a la nariz, pensando en que aquel debía ser el olor de su cabello. Por un momento sentí una erección dominarme, hasta que el agua empezó a salir helada de las tuberías y me liberó por completo de mis fantasías. Me enfoqué entonces en acabar

deprisa. Cerré la llave y me sequé lo mejor que pude mientras me vestía.

Tan pronto salí, aun con el cabello mojado y la toalla hecha un ovillo entre mis brazos, pude ver a Valentin de espaldas a la puerta de los baños, hablando en voz alta, con una de sus manos en la oreja, sosteniendo su teléfono. Parecía estar en una llamada y haberse olvidado por completo de mi presencia. Que bueno... yo tampoco daba intentos de llamar su atención. Solo me quedé a sus espaldas a una distancia prudencial para no alertarlo, ni que me notara escuchando con atención todo aquello.

—¡Es que no lo puedo creer! Después de todo lo que te ha hecho, después de todo lo que NOS ha hecho. Sí, hablé con ella esta tarde, sigue enojada —dijo Valentín enérgicamente, suspirando con rabia—. No, tú sabes que a pesar de todo no puedo dejar de quererla. Osea, es la mujer más importante de mi vida. A pesar de todo no puedo dejar de quererla.

Y ante aquellas palabras que me golpearon como un meteorito a la tierra, mis fantasías se desmoronaron por completo en un segundo. Claro, no es que hubiera nada posible en un principio. Siempre había sido meramente un enamoramiento platónico, pero algo diferente pasaba en mi al saber que ya tenía alguien en su corazón. Las posibilidades aunque fuesen escasas se habían esfumado. El castillo de naipes que había construido con mis ilusiones se derrumbaba sin ruido. Aunque bueno, luego de la humillación que había experimentado frente él hace un rato, igual no quedaban muchas cartas en pie.

Carraspeé un poco, fingí toser y el eco en toda el área desierta pareció ser suficiente para que me voltease a ver y me dedicase una sonrisa que ahora me sabía distinta.

—Bueno, ya hablaremos luego de eso. Cuídate igual. Nos vemos. —el moreno colgó aquella llamada y me observó expectante. —Te tomaste tu tiempo.

—Si bueno, salió tibia el agua por un rato y luego fría como un témpano. Así que me he apurado al final. Gracias, por todo.

Me acerqué a él y le estreché una mano con mis dos manos, cuidando que no soltase el billete que le daba. Era un billete de 100 pesos, lo suficiente para cubrir el costo del sapo que instaló en el baño y algo extra.

—Oh, déjame te doy el cambio, el sapo es muy barato.

—No, déjalo así. El extra es por las molestias y para que no cuentes a nadie nada. Por favor.

Lo miré intentando dedicarle mi mirada más lastimera. Me moriría si aquello se volvía un chisme entre sus conocidos o algo por el estilo. Decidiría mudarme antes y quizá hasta cambiarme el nombre o hacerme tatuajes en la cara para que nadie pudiese reconocerme jamás nunca.

—No, no te preocupes. No le diré nada a nadie. Cualquiera tiene un mal día.

—Te lo agradezco.

No cruzamos más palabras mientras caminé deprisa por la puerta de la entrada y regresé mis pasos hasta llegar a mi departamento y encerrarme dentro. Solo por precaución, ya que era algo que solía notar cuando usaba pañales con mucha frecuencia; esto de la pérdida de control, decidí que me tomaría un pequeño descanso de los pañales por un tiempo. Nunca era más de una semana o dos, pero lo suficiente para no sentir que empezara a necesitarlos de verdad o tener una falsa sensación de dependencia.

Aunque el día siguiente fue mi día descanso, preferí pasarla viendo películas, leyendo algún libro y

jugando con amigos en internet. El fin de semana pasó rápido entre la universidad y la tarea, así que poco me preocupé hasta que llegó mi turno de trabajo el lunes una vez más. El turno de la mañana donde llegué algo más temprano, para que Yolanda pudiera hacer el cambio de caja sin problemas e irse a descansar. Era quien más lejos vivía de todos los empleados.

Aún estaba recibiendo caja cuando las puertas del Oxxo se abrieron, y entró por ellas una mujer pequeña, de cabello castaño enmarañado y despeinado, con unas gafas redondas que quedaban algo grandes para su rostro que aun conservaba rasgos finos para su edad. De ojos rasgados, con aspecto de estar siempre analizando su entorno, la señora Violeta entró con un paso lento, analizando cada uno de los estantes. La observé por un momento hasta que luego de unos minutos me acerqué a ayudarle, dándome cuenta que se había quedado quieta en frente a un pasillo con las manos en los bolsillos de sus pantalones holgados.

—Buenos días, señora, ¿buscaba algo en específico?

—Ohh, querido. Erick, no sabía que trabajabas por aquí —respondió la señora Violeta luego de un pequeño silencio pensativo y volteandome a ver con una sonrisa que volvió su mirada aún más pequeña.

—Ni yo que usted vivía aquí cerca.

—Sí si, llevo años en este barrio. Solo que la edad me está cobrando factura, querido, me he olvidado la soya. Que pena, siempre lo compro todo en el supermercado. Pero no quisiera empezar el día sin ella.

—Soya líquida está por...

—¿Tienes la texturizada? Ya sabes que parece arroz o carne.

—Sí, creo que hay aún una bolsa en el almacén, déjeme se la traigo.

Me apresuré para traerle la bolsa de soya texturizada, mientras ella avanzaba a la caja. Tardé apenas un minuto cuando ella parecía conversar con otro cliente.

—Sí, sí. Que te dije que no había ya —dijo ella dándole un falso golpe en la cabeza al chico frente a ella.

—Pero yo pude salir a comprarla, no tenías por qué salir tú por ella —pronunció Valentín con resignación contenida.

—Ya me faltaba estirar un poco las piernas. Poco puedo salir de esa casa desde hace años. Deja de molestarme.

—Pero tía, no tarda en empezar la primavera, tienes que cuidarte de tus alergias...

Le tendí a la señora Violeta la bolsa, mientras Valentín me miraba con una sonrisa que me puso algo nervioso.

—Gracias, querido. ¡Y ya que estás aquí puedes pagar tú, cabezotas!

—Ok ok.

—Ohh, Mira Vale, ahora que los veo juntos, me hace recordar. ¿Recuerdas hijo, cuando tú cuidabas a Erick cuando era un niño?

Miré a Valentín con desconcierto, mientras algo en su mirada pareció cambiar a asombro o una ligera vergüenza.

—No, no, tía. Que te estás confundiendo. Quizá era mi hermana quien cuidaba de Erick.

—No, eras tú, ¿cómo va ser tu hermana? Mi memoria es mala pero me acuerdo.

—Que no, tía. Era Valeria, no yo.

—Lo que digas, estás loco. ¿Qué tal si un día lo invitamos a comer a casa para que se acuerden? ¿Qué te parece, Erick? —dijo la señora estrechándome los hombros.

—Yo... sí, no estaría mal, señora Violeta.

—Bendita memoria la mía, que me han venido esos recuerdos de cuando jugaban y todo. ¿Recuerdas

cómo te encantaba jugar al bebé y usar pañales encima de tu ropa, Erick? Debí haber comprado una cámara en ese entonces.

Sentí que enrojecí tanto que bien podría camuflar mi rostro entre los envases de catsup. Yolanda solo soltó una risita ahogada mientras le dedicaba una mirada asesina para que evitara echarse a carcajadas con aquello.

—Intercambien teléfonos, vamos —dijo la señora violeta como dando una orden sin dejar su sonrisa.

—Eh... no hace falta, yo tengo el suyo para lo de la renta y eso.

—Nunca lo leo, básicamente Vale es mi secretario. Pónganse ustedes de acuerdo, y me avisarán para poner un plato extra en la mesa. ¿Entendido?

La señora solo dio un par de palmaditas al moreno y salió de la tienda dando media vuelta avanzando con un paso más apresurado que su pausado caminar de hace unos minutos. Nos dejó tanto al moreno, como a mí en un silencio incómodo que se extendió por unos segundos hasta que Valentín suspiró y sacó su celular, solo para dármele encendido en la pantalla de nuevo contacto.

Escribí mi nombre y mi número de teléfono. Me sentí por un momento tentado a fingir, pero al mismo tiempo no me sentía en el lujo, como persona que vivía de forma independiente, de rechazar una comida gratis aunque eso significara estar incomodo con mi antiguo crush a un lado.

—¿Así que es tu tía? Eso me hace sentido con lo del gimnasio. —dije devolviéndole el celular.

—Sí y no. Es mi madrina realmente. Pero es como parte de mi familia desde hace bastante tiempo. Desde que vivo con ella, realmente.

—Ya. Es una mujer agradable.

—La mejor, en verdad. Bueno, seguro se la pasará insistiendo toda la semana con lo de la comida. ¿Qué día tienes libre?

—Yo creo que mañana puede estar bien.

Valentín guardó su celular y me dedicó una sonrisa mientras dejaba el costo exacto de la soya sobre la barra.

—Mañana nos vemos entonces, Erick.

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.